

en el poema épico y en la tragedia; vivir mientras vive Grecia; pasar invocada por los poetas á Roma, y renacer llena de gloria en la vasta mente del gran artista, que ha reconcentrado en su imaginacion los rayos de luz que difunden nuestras ciencias, y las místicas armonías que producen nuestras artes.

## IV

La poesía lírica es el primer canto que entona el genio del arte. Helena sin duda debia ser cantada por los poetas líricos antes de iluminar la mente de Homero. Este gran poeta nos la presenta por vez primera en el libro III de su inmortal poema. Al cantar á la mujer, objeto de tan rudos combates, la lira del hijo de las Musas examina las dulcísimas armonías, como si agitase sus cuerdas el embalsamado aliento de Helena; sus exámetros tan fuertes y robustos se tornan suaves como un suspiro de amor, y la heroica y ruda lengua que modulan sus héroes, toma un tinte de indefinible melancolía. Como personificación del arte, Helena está reproduciendo con las suaves tintas de la inspiracion los combates de griegos y troyanos empeñados en sangrienta guerra por obtener

su amor (1). Iris, la alada mensajera de los dioses, le anuncia que Menelao y Páris van á combatir frente á frente en sangrienta lid, y que su hermosura será el premio del vencedor: la divinidad, recogiendo en sus lábios los perfumes de las flores de Grecia, y el eco de las áuras que mecieron la cuna de Helena, despier-ta en su memoria el recuerdo del purísimo cielo que cobijó su inocencia, de suerte que Helena envuelta en blancos velos acude presurosa á la muralla á verter amargas lágrimas y á enviar á los guerreros al través del espacio las oraciones de su mente y los supiros de su co-razon.

Al verla pasar, los ancianos asentados en el pórtico de sus palacios la bendicen, porque lleva en su frente siempre pura reflejos del Olimpo. ¡Con cuánto celo la acaricia Príamo y le dice para consolarla que el hado fatal, y no su hermosura, es parte para desencadenar las tempestades que amagan anegar en la eternidad el antiguo reino de Troya! Con los ojos anegados en llanto se ve pasar á los héroes de su pátria y repite al par de amargas quejas sus queridos nombres. La lucha descrita con todo

(1) Iliada, lib. III, v. 125 y sig.



el fuego de la poesía homérica va á decidirse; cuando Vénus descende del cielo, y envolviéndose en blanca nube al hijo de Príamo, le arrebató á la muerte y le conduce á su lecho, donde suspira por su amada asaltado de lascivos deseos. Entonces Vénus se dirige á Helena, y la quiere arrastrar con halagos y amenazas á los brazos de su raptor.

La esposa de Menelao porfía antes de cumplir los mandatos de la diosa; y los hermosos versos que vierten sus lábios tienen un sentimiento tal de melancolía y un acento de tan armoniosa dulzura, que el corazón se oprime, compadeciendo el martirio á que el hado condena á tan preciada hermosura; hasta que víctima de un poder sobrenatural, ni le valen lágrimas ni suspiros, el soplo de una fuerza superior á su voluntad la impele contra su propio albedrío, y cayendo como flor agostada sobre el pecho de París, cede por fin á sus bárbaras caricias. La idea de Helena surge como una estrella en la imaginación del gran cantor de Grecia. La pureza no la abandona en brazos del placer; la severidad de la virtud resplandece en aquel rostro manchado por el impuro beso de un mancebo. Cuando su voluntad habla, resiste á las caricias de la seducción con heróico valor;

cuando la tempestad de la suerte juega con su pureza, reclina su frente sobre el pecho, y sufre resignada su desgracia.

Porque nació hermosa, la profanan los hombres; porque hija del cielo, está dotada con los dones de la inmortalidad, los pueblos la salpican de sangre; porque más grande que todas las ideas vive en un mundo superior á los seres que la rodean, desconocen su martirio, y la maldicen los mismos griegos; cuando sin ella eterna noche oscureciera el horizonte de sus artes.

Homero, al caer el sol en Occidente, cuando los mares murmuran religiosas plegarias y las áuras cantan poéticos himnos, apoyado en su báculo, llamando á la puerta de las chozas, regalaba el oído del fatigado guerrero con las hazañas de sus padres olvidadas ya en su memoria, porque el tiempo las había borrado como borra el soplo del viento las cenizas de los héroes, y mostraba al par la pura imagen de Helena, que iluminaba su imaginación con divinos resplandores como la primer estrella de la tarde alumbra el azulado desierto de los cielos. Y aquella Helena era su amor, su idea, su inspiración. Por ella abandonó su patria y recorrió los campos; por ella no se acordó de



su nombre, ni supo que dictaba un poema á la gloria; por ella cantó sangrientas hazañas y moduló tristísimas quejas; por ella, en fin, suspiró de gozo, sin duda, el día en que la muerte vino á anunciarle que iba á unirse con el ideal que habia adivinado desde el fondo de la oscura tierra con su intuición sobrenatural y divina. Hecha por Homero la apoteosis de la idea griega, faltaba arrojar sobre la frente del Asia una maldición que la hiciese temblar; y Esquilo, el gran poeta que reproduce el nuevo choque del Oriente y del Occidente, se levanta con doble arrogancia é imprime el sello de la infamia en la frente de su enemiga eterna. Cada una de sus tragedias es una protesta contra la civilización, que intenta arrogante apagar en sus inteligencias las revelaciones de lo bello, y el odio y la venganza, que bebió en la sangre de Marathon, la escupe á la frente del coloso, que yace exánime á sus plantas, asaltado por las flechas que templaron sus padres en la ruina de Troya. Sinó véase en el Agamenon cómo truena contra París en estos robustos é inspirados versos (1).

Esquilo nació de la frente de Homero. Es la

(1) Διὰ τοῖς ζῆνων μέγαν αἰδοῦμαι  
τον τὰδὲ πραξῆντι ἔπι Ἀγῆς ἄνδρῳ etc.

consecuencia lógica, necesaria del gran poema, que llevaba en sus cantos los gérmenes eternos de todas las artes. Si el cantor de Aquiles divinizó la inspiración griega, el cantor de Prometeo abrasó con el fuego de su genio los últimos restos de la civilización oriental. Grecia no venga el rapto de Helena aventando las cenizas de Troya; no, necesita de Marathon, de Platea y de Salamina para saciar su sed de odio, y derrocar como fortalezas ruinosas los inmensos imperios orientales. Homero no entona los últimos cantos de victoria por el rescate de Helena; Esquilo, templando su lira con la misma mano que habia enpuñado victoriosa espada, recogerá la herencia que legaron los pasados siglos de inmortal memoria.

De Esquilo pasaremos á Sófoles, y nunca sentimos más el gran trabajo que nos hemos propuesto, tal vez sin apreciar nuestras débiles fuerzas y sin consultar la importancia de tamaño asunto. Las dos grandes tragedias que á Helena dedicó Sófoles, han sido por el olvido devoradas; de suerte que los críticos aún no andan acordes sobre el argumento que debió tener la intitulada, «Rapto de Helena» y la memoria de la humanidad sólo conserva algunos fragmentos incompletos y destrozados de la



llamada Ελένης Ἀπατητοῦς. Los trabajos que eruditos entendidos han empleado para devolver á la vida estos monumentos destrozados del arte griego, merecian mejor éxito. El dolor que causa tamaña desgracia sube de punto, si paramos mientes, en que Sófoles fué el gran teólogo de la Theogonía helénica, y en que sus colosales obras encierran siempre un sentido místico, y son por lo general una verdadera alegoría metafísica. Los eruditos han pretendido rehacer la segunda de estas producciones, buscando sin descanso sus esparcidos fragmentos. De su trabajo se deduce que Ulises y Antenor luchan en África con las armas de su sabiduría por la suerte de Helena.

Si consideramos que ambos jefes representan como hemos dicho la sabiduría de Grecia y Troya, tendremos que Helena aparecerá á nuestros ojos con el brillo de que la reviste la idea oculta representada en su vida. En Egipto derramaron su sabiduría los griegos para rescatarla, los troyanos para retenerla. En estos primitivos tiempos de que tratamos, la idea es la acción, el libro donde estudia el hombre es la vida, y la sabiduría es la prudencia. Pero la ciencia ni en su cuna puede vivir sin alejar sombras de la mente de los pueblos y sin ele-

varse á la concepcion de pensamientos, que rayan más alto de lo que rayar suelen las vulgares preocupaciones. Tal vez Menelao no buscarse en Troya más que el rescate de su esposa robada, y Agamenon la venganza de la torpe ofensa hecha á su familia; pero Ulises, igual á los dioses en prudencia, buscaba sin duda el tipo de la civilización helénica concedido á su patria como don celeste por Júpiter, y arrebatado por Páris, para quitar á sus enemigos toda grandeza y toda vida. La idea de Helena pasa como deslumbrante centella por la poesía épica en los sagrados tiempos heróicos, se cierce sobre la guerra grandiosa en que Grecia volvió á ver humillada á su rival, y en la lira de Sófoles canta con religioso acento como si fuera la diosa del inmortal templo del arte. El patriotismo griego no está aún satisfecho. La idea de Helena ha de recibir su última y más alta transformación en la inteligencia de Eurípides. El último de los grandes trágicos, á quien Aristóteles llamó el mayor de todos ellos, nos dice que la impura mujer, objeto de las caricias de Páris, ni fué impura, ni cayó en brazos del rival de Menelao. Veamos su tragedia. Helena emanada sin duda de la tradición histórica, que como hemos dicho en la segunda parte de es-



te nuestro imperfectísimo trabajo, apuntó Heródoto en el libro segundo de su historia.

Aparece Helena á orillas del Nilollorando su soledad en versos amorosísimos y de inexplicable sentimiento; porque la lengua griega es para el poeta, lo que los mármoles de Páros son para el escultor.

Juno, protegiendo con su poder á la hija de Leda, entrega á las caricias de Páris una ilusión, una forma sin vida, y el infeliz pastor cree que aquel delirio de sus extraviados sentidos es una realidad de amor y de placer. No podemos resistir á la tentación de hacer notar que difícilmente la fantástica inteligencia de los poetas alemanes hubiera podido inventar una leyenda más profunda y más filosófica. Sin duda la admiración que muchos poetas nos inspiran, proviene de nuestra ignorancia y del desden con que mirar solemos el estudio de la clásica antigüedad.

El hijo de Príamo llevaba en aquel fantasma de perfecta hermosura el símbolo de las aspiraciones humanas, que se creen poseedoras de lo infinito y vagan perdidas en el vacío y en las sombras.

Cuando Helena concluye de dar al viento sus quejas, aparece en la escena un náufrago lla-

mado Teucro; jefe también de las armadas griegas, arrojado por furioso huracán á las costas de Egipto; náufrago que al verla maldice la hermosura de Helena. Sin duda son sus quejas justas. Ajax ha caído herido por enemiga flecha sobre su escudo; Leda no pudiendo sufrir el cautiverio de su hija, se ha dormido en el seno de la muerte, y Cástor y Pólux han volado á habitar entre los astros para llorar con lágrimas eternas la afrenta de su hermana.

Fué bien fatal la hermosura de aquella mujer. Su pátria la maldice y dos mundos chocan por su causa en el espacio, convirtiéndose en cenizas un imperio, cuyas silenciosas ruinas piden una sangrienta venganza.

Helena, al verse inocente y maldecida, suspira con afán por la muerte: que el corazón amargado no puede sufrir los tristes latidos de una vida condenada á la execración de las gentes. Para colmo de males, Menelao, perdido en la inmensidad, es juguete de las olas, que sin duda alguna le arrojarán á los espumosos abismos de los mares.

El coro, al ver tan desesperada á Helena, le dice que en apartada gruta habita una mujer, cuyos son los secretos de los mares. A sus piés



depositan tributos de perlas las náyades, y en sus oídos murmuran cantos apacibles como el rumor de próspero viento las hermosas neréidas. Su vista abarca los abismos, y en alas de los huracanes recorre como blanca nube la azulada superficie del Océano.

Se llama Thenoe, y es sin duda la personificación de las prósperas señales que alegran el corazón del marinero. Posee además el arte de adivinación, y sabe seguir en su inmortal vuelo al tiempo. Menelao, impulsado también por la tormenta, arriba á las costas de Egipto, como á ruegos de Helena había anunciado ya Thenoe. No puede dar crédito á sus ojos, y cree que es ilusión de su deseo aquella ideal mujer que le recibe en sus brazos. Entonces Helena le cuenta su desgracia y le dice que Mercurio la condujo á Egipto burlando los deseos de Páris (1).

Tal vez el principio utilitario personificado en Mercurio intentó sepultar en el olvido al principio artístico; pero Dios, que quiere el enaltecimiento de la humanidad, impulsó al génio de Grecia á las riberas de Egipto, para que la hermosura no faltase nunca al hombre en

(1) Ο Διός, ὀδισός, ὃ ποιοί,  
μ' ἐπέλασεν Νειλω

su peregrinación por el ingrato suelo de este mundo.

Helena ruega á Thenoe que los proteja contra Theoclimenes, su hermano, que no dudaría en sacrificar al infeliz náufrago, y corona su ruego con una súplica religiosa, tan sublime como un canto de Calderón, tan dulce como unos versos de Petrarca.

Por fin, burlado Theoclimenes, Helena en brazos de su esposo se entrega á los vientos, y vuelve pura á las riberas de Grecia.

El arte griego ha cumplido ya su destino. Ha logrado por fin purificar á Helena. Ya no es prostituida amante é infiel esposa, sino pura virgen insultada por la historia. Cada poeta ha impreso en sus labios un ósculo de amor. Homero despierta su memoria en Grecia; Esquilo maldice á sus perseguidores; Sófocles la eleva en alas del génio á las esferas de la Theología pagana, y Eurípides la justifica, ciñendo á sus sienas la aureola de la inocencia.

El arte clásico no había aún cumplido su destino. Le faltaba iluminar el Capitolio. La literatura latina tomó un carácter más sombrío, más melancólico que la literatura griega. En medio de sus bacanales presente la muerte que la espera, y en la cumbre del poder oye sin duda



fermentar el rayo que la amenaza. Presiente que agitada Roma por un pensamiento incomprendible, trabaja y vierte su sangre para preparar el triunfo de las ideas que han de arrancar á su frente la preciada corona del universo. Este es sin duda el secreto de esa tristeza indefinible que nos inspiran hasta los cantos más alegres de los poetas latinos. Las divinidades risueñas de los pueblos paganos se ven en Roma oscurecidas por el excepticismo; la filosofía griega con sus mil ensueños alejada por la inflexible severidad de los legisladores; las batallas de los Tirteos animadas por el soplo de arte, se reemplazan con los sangrientos combates inspirados por el más indiferente estoicismo, y aquellos juegos olímpicos, tan risueños, huyen ante las sangrientas y horribles tragedias del Circo.

La nacionalidad romana tuvo su cuna en las ruinas de Troya. Helena vive entre el sepulcro de la civilización oriental y la cuna de la civilización clásica.

De suerte que Roma tendrá también cantores para su nombre. Empeñados nosotros en seguirla á Roma, la presentaremos muy de ligero, como conviene á nuestro propósito, en la poesía lírica, en la épica y en la trá-

gica. Así nuestros lectores la verán renacer en Roma.

Ovidio la presenta en sus *Heróidas*. La carta que su génio dictó á Helena es un modelo de tierna delicadeza.

La heroína desatiende los ofrecimientos de Páris. La belleza de su rostro y el brillo de sus dones no son parte á deslumbrarla. El amor la atrae á sus redes, pero el remordimiento la detiene. Lucha con su mismo corazón y triunfa de sus instintos. Teme que Grecia la maldiga y Troya la desprecie. En el lecho del placer la nube del adulterio se levanta para emponzoñar toda dicha, para matar toda ilusión. Si cede, faltará á la fé prometida y borraré de sus labios el casto beso que Menelao depositó en ellos cuando partió para Creta.

Con noble indignación rechaza las palabras de Páris y dice que Theseo no logró triunfar de su virtud; que es inútil pintar con mágico pincel el placer que le espera y la corona que le promete. Si le siguiese, cruel guerra se desencadenaría en los cielos y en la tierra. Hecha trofeo de la victoria de Vénus, las diosas vencidas arremolinarían todas las iras del Olimpo contra Helena, y Menelao burlado, esgrimiría su espada para dar satisfacción á su ofendido y



maltratado honor. — «Entonces, ¿qué harías?» le dice con amargo desprecio, echándole en cara su amor á los placeres:

Bella gerant fortes; tu, Pari, semper ama.  
Hectora, quem laudas, pro te pugnare jubeto;  
Militia est operis altera digna tuis (1).

Virgilio intentó forjar un poema nacional. Si consiguió su intento, pueden decirlo los cristianos. Nosotros diremos tan sólo que en nombre del patriotismo, maldice á Helena, causa inocente de los trabajos de Eneas. Y en efecto, Virgilio, enalteciendo á Roma, hereda sus odios y cumple con su destino condenando á la mujer que ahogó en sangre la cuna de sus abuelos.

Así en la tremenda última noche de Troya, Eneas fugitivo, ve á Helena refugiada en un templo. La cólera le ciega, y saca su espada para inmolar aquella víctima sobre las ruinas de la espirante pátria. Mas Venus la envuelve con su manto y la liberta de segura muerte (2).

Sin duda el amor conocia que sus víctimas

(1) Heroid, XVII, v. 254 seqq.

(2) Eneida. Véase desde el verso 567 hasta el 587.

enagenan la voluntad para seguirle al ara del sacrificio.

La poesía épica tiene su último desarrollo en la poesía dramática. Así Séneca nos presenta también á Helena en el teatro.

Los griegos, destruida Troya, apréstanse á partir, y en aquel punto la sombra de Aquiles les detiene demandando el sacrificio de Polixenes, su prometida esposa. Agamenon se opone á colmar el deseo del hijo de Tetis; pero Calchas, consultando el porvenir, dice que ni próspero viento ni amiga onda impelerá sus naves si no consuman el horrendo sacrificio que demandan los manes irritados del héroe.

Helena acompaña á Polixenes hasta el ara diciendo estas terribles palabras:

Quicumque hymen funestus, illoetabilis  
Lamenta, cædes, sanguinem, gemitus habet,  
Est auspice Helena dignus (1).

Andrómaca la echa en cara sus crímenes; pero Helena dice:

Causa bellorum fui (2).

(1) Séneca. Troacles, act. IV, v. 862.

(2) V. 918.



Mas despues añade:

Deditque donum judici victrix dea (1).

Hasta que llorosa y acongojada, envidia la suerte de la infeliz que va á morir (2).

El mundo antiguo ha desaparecido de la tierra, y Helena no ha muerto, todavía, antes bien en nube resplandeciente, llevando consigo los secretos del arte, ha subido al cielo de la poesía moderna. Véase, pues, cómo la mujer más ultrajada de todas las mujeres fué engrandecida y levantada sobre todas ellas.

En el gran día en que el pantheismo logró escribir su divina comedia llamada el Fausto, Helena debia ser evocada de la eternidad como representante de la belleza clásica. En esas esferas, donde cada generacion entonó un canto y cada siglo depositó un secreto, lució la hermosura de Helena como luce la luna en la inmensidad del firmamento. Fausto, que revolvió las entrañas de la naturaleza, abismándose en el desierto de los cielos, ya para aspirar el aliento de vida que anima todo sér, ya para oír las eternas armonías que produce la inmen-

(1) V. 922.

(2) V. 939.

sa escala de los mundos, no descansó de su peregrinacion ni exhaló el aroma de su alma al foco de la vida, sin haber ántes adorado bajo el cielo de Grecia la belleza de Helena. El doctor aleman, cuyo destino era fundir todas las ciencias en el crisol del escepticismo para extraer la verdad absoluta; unir todas las artes con la luminosa cadena del amor para forjar la belleza perfecta; reunir en el cielo inmortal de su espíritu todas las sustancias para rehacer lo infinito en la humana inteligencia con las formas de lo relativo; el doctor aleman, atormentado por un remordimiento y una esperanza, se perdió en brazos de Helena, para arrancarle el secreto del arte más grande que en su eterno cantar ha producido la humanidad.

Antes de llegar á su idea, envuelto en el torbellino del tiempo, oye la voz de las esfinges que se despiertan en sus lechos de piedra, y el canto de las sirenas que se levantan del fondo de los mares, como evocadas por la trompeta del juicio final. Y en efecto, el espíritu humano, poseedor de lo absoluto, ha llegado ya á los tiempos del Apocalipsis. Las ondas de luminosas ideas, que naturaleza arroja á sus plantas, son los secretos de los pasados siglos, que han perdido las nubes que los manchaban.



Fausto en su carrera reúne todas las ideas y todos los sistemas esparcidos, como rayos quebrados de luz, en la mente de los filósofos y de los poetas.

Así al verle cruzar recostado sobre la gloria, naturaleza se estremece, los filósofos levantan su voz, los sábios abandonan su laboratorio, porque comprenden sin duda que ha sonado en la eternidad la hora de la armonía universal representada por lo absoluto, cuyo santuario es el espíritu humano. Aquella sinfonía de todas las divinidades es el último gemido de una lira que se rompe. Fausto, refugiado en un templo gótico, area de la alianza, donde se encierran las oraciones y las lágrimas de los hombres, recibe á la mística luz de las lámparas que oscilan como el corazón del creyente, el privilegio artístico (Helena), y de aquel enlace de amor surge la poesía moderna.

Fausto consagró á los pies de Helena el génio de Byron; de ese poeta que cantaba sobre las ruinas de las antiguas instituciones destruidas por el poder del pueblo, resumiendo en sí toda una época.

El canto de Byron fué una blasfemia, su vida una orgía. El mundo le había herido en el corazón, y destilaba sangre. Quería amor, y en-

contró desengaños; buscaba ciencia, y en el fondo del saber halló la duda. Tenía en su mente la eternidad, y el tiempo le encadenaba á su carro; concebía lo infinito, y el espacio le encerraba en su triste sepulcro. Nacido al pié de las ruinas, cantó como un cisne; ansioso de luz, ascendió al sol para descubrir tan sólo las manchas de su disco. Turbó con su canto la felicidad de mil pueblos, y dictó sus negaciones á la Europa entera. Era el ángel caído que llevaba en sus manos la lira del cielo. Su grandeza fué su martirio. Por más que intentaba encenagarse en el vicio, la corona de su génio flotaba siempre en el cielo. No tenía fé, y peleó por la fé; se burlaba del hombre, y murió por el hombre.

Aquel poeta, que se reía del amor, fué á buscar amor bajo el cielo de Grecia y al pié de la tumba de Helena. Allí la muerte, compadecida de sus dolores, selló su frente con un beso de paz.

Helena, pues, ha pasado por la imaginación de todos los siglos. El espíritu humano la ha purificado de sus crímenes. Ya no es una mujer, no es una idea. Asentado esto, si contamos con tiempo y espacio, examinaremos cómo los filósofos han juzgado el arte clásico, del cual fué un símbolo Helena.

31270

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MONTREY, MEXICO"  
Año. 1825